

LA CULTURA DOMINICANA CUATRO VECES SECULAR

Joaquín Balaguer

La República Dominicana, cuyo territorio fué asiento del primer gobierno colonial que existió en el Continente americano, cuenta con una cultura ya cuatro veces secular. La más antigua Universidad de América fué la de Santo Tomás de Aquino, fundada en Santo Domingo de Guzmán el 28 de octubre de 1538, por la bula *In Apostolatus Culmine* del papa Paulo III. Durante largos años esa vieja casa de estudios mantuvo una especie de magisterio intelectual sobre toda la zona del Caribe, y a sus aulas, donde profesaban las más doctas figuras llegadas a América durante el primer siglo de la colonización, afluían estudiantes de Venezuela y de Colombia, de Cuba y de otras islas del archipiélago antillano.

La cultura dominicana alcanzó sus días de mayor esplendor en las postrimerías del siglo XVI y en las primeras décadas del XVII, época en que Tirso de Molina, llegado al país en compañía de otros monjes mercedarios, participaba en los torneos organizados para conmemorar las grandes festividades religiosas de la colonia, y en que la primogénita de España servía de punto de reunión a sacerdotes y letrados como Gonzalo Fernández de Oviedo, Alonso de Zurita, Arco de Quirós y Diego y Juan de Guzmán.

La decadencia de la cultura nacional coincidió con la despoblación y el empobrecimiento de la Colonia. La clausura de los pueblos del litoral, medida impolítica del Gobierno español, y la cesión a Francia, poco más tarde, en 1795, de la parte española de la isla, dieron lugar a que la hegemonía cultural del Caribe, que había correspondido hasta aquella época a Santo Domingo, pasara a Cuba y a otras posesiones que se hallaban entonces en su período de mayor prosperidad económica.

Se inicia entonces para Santo Domingo una larga era de pobreza y de su suelo emigran todas las familias que constituían la flor de su espíritu. Junto con los Foxá, los Guridi, los Pichardo, los Baralt y los Heredia, emigran el amor a las letras y a las disciplinas universitarias,

(Artículo aparecido en el diario "La Nación", el 28 de marzo de 1946).

vinculadas, como por juro de heredad, a esas familias de costumbres patriarcales.

Pero cuando realmente la cultura dominicana desaparece, y todo vestigio de la vieja tradición universitaria se extingue totalmente, es cuando Haití invade la parte española de la isla, en 1822, y decreta el cierre de la Universidad y la abolición de las capellanías, empeñado en romper todo vínculo de aproximación espiritual del país con la antigua metrópoli y en substituir con el francés corrompido de los invasores la lengua castellana.

La obra de Haití en Santo Domingo, durante el sombrío período de la ocupación, que se prolongó hasta 1844, fué de plena hostilidad contra la cultura dominicana de ascendencia española: no sólo se clausuraron las escuelas y se persiguió con saña la religión católica, sino que hasta las mismas fábricas coloniales, testigos de la prosperidad pasada, fueron objeto de actos vandálicos como el del saqueo de las reliquias de la Catedral y la destrucción de los escudos nobiliarios que, como las de los Ovando y los Lendeches, ilustraban los grandes edificios de piedra construídos durante la era del dominio español.

La tradición cultural de la República Dominicana se reanuda cuando cesa la ocupación de Haití y se crea, por decreto del Presidente Santana, del 30 de junio de 1845, una clase de latinidad y poco después, otra de matemáticas, que fué confiada al doctor J. Antonio Obregón.

La ley del 8 de mayo de 1848 establece un seminario en la capital de la República, que contribuyó a despertar nuevamente entre las clases letradas el viejo amor a la filosofía y las humanidades. El 16 de junio 1859 se restablece la antigua Universidad de Santo Domingo, que funcionó bajo el nombre de Instituto Profesional hasta el 16 de noviembre de 1914.

Pero lo que realmente mantuvo la tradición cultural dominicana, a partir de la proclamación de la república el 27 de febrero de 1844, fué la asombrosa actividad desarrollada por varios centros literarios que prácticamente absorben la vida intelectual del pueblo dominicano desde 1856 hasta 1930. El primero de esos círculos culturales fué La Republicana (1866-1910), sociedad que no sólo interviene en la vida espiritual del país sino también en la política, porque sus fundadores fueron al mismo tiempo que hombres de pluma ciudadanos empeñados en imponer a la nación su doctrinarismo militante.

En 1868 nace La Juventud, de vida más precaria que la anterior, pero también llamada a realizar una labor fecunda en beneficio de las letras dominicanas. Pero las dos instituciones a las que sin duda debe la República una labor más intensa en favor de su cultura y de su educación cívica fueron Los Amigos del País, fundada en 1871, en Santo Domingo

de Guzmán, y la Amantes de la Luz, abierta en Santiago en 1874 por iniciativa de ese gran difundidor de civismo que fué el prócer Manuel de Jesús de Peña y Reynoso.

En 1878 se crea en la ciudad de La Vega La Progresista, institución que secunda en esa región del país la obra de las anteriores.

La labor de esas asociaciones de cultura no se limita a estimular la producción literaria y científica entre sus socios fundadores, sino que se extiende al público con la organización de actos musicales y de veladas que adquirieron en la época, sobre todo entre 1877 y 1881, resonancia memorable. Los Amigos del País publican entre 1878 y 1881 la revista "El Estudio" y favorecen la publicación de obras de autores nacionales. A ella se debe la primera edición de las poesías de Salomé Ureña, poetisa de inspiración varonil que escribe los primeros versos que se hacen en la República Dominicana en loa del progreso y la civilización.

La obra del Instituto Profesional, reorganizado bajo la presidencia de Meriño, y la de las instituciones que acaban de ser mencionadas, se desarrolla en medio de las continuas agitaciones por las cuales atraviesa el país hasta el año de 1930.

A partir de ese momento, gracias al aura democrática que empieza a envolver las costumbres y las instituciones, la vieja Universidad de Santo Domingo experimenta una transformación completa que la ha convertido en un verdadero centro de actividad intelectual con el restablecimiento de la Facultad de Filosofía y Letras y la promulgación, en 1937, de una ley que amplía las disciplinas que se cursan en esa casa de estudios.

La cultura dominicana cobra hoy un impulso extraordinario y la Universidad de Santo Domingo, la más antigua de América, vuelve a hacerse digna de la misión que cumplió en los albores del Descubrimiento, cuando ejercía el magisterio intelectual del Caribe y actuaba como centro rector de la cultura del mundo de Colón.